

II.

Lo que pasaba en el exterior de la puerta
de San Antonio.

Roberto Briquet miró con atención al que le dirigía la palabra, que era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años.

Dicho hombre, además, parecía ser el jefe de otros tres ó cuatro jinetes que le rodeaban.

Aquel examen inspiró, sin duda, confianza á Roberto Briquet, porque al momento saludó á su vez y respondió:

— ¡Ah! señor, razón tiene usted, veinte veces

razón; pero — añadió — sin parecer demasiado curioso, ¿puedo preguntar á usted á qué motivo atribuye esa medida?

— ¡Pardiez! — dijo uno de los presentes, — al temor de que les coman su Salcedo.

— ¡Cuerpo de Crispo! — dijo una voz. — ¡Triste guisado!

Volvióse Roberto Briquet del lado de donde salía aquella voz, cuyo acento le indicaba un gascón reforzado, y vió á un joven de veinte á veinticinco años, que apoyaba su mano sobre la grupa del caballo del que le había parecido jefe de los otros.

El joven estaba con la cabeza desnuda; sin duda había perdido su sombrero en el barullo.

Briquet parecía un observador, pero, en general, sus observaciones eran cortas. Así fué que separó rápidamente su mirada del gascón, quien sin duda le pareció sin importancia, para fijarla de nuevo en el caballero.

— Pero, — dijo, — puesto que dicen que Salcedo es partidario del señor de Guisa, no es ya tan mal guisado.

— ¡Bah! ¿dicen eso? — replicó el gascón curioso y haciéndose todo oídos.

— Sin duda que dicen eso, — respondió el jinete encogiéndose de hombros, — pero en estos tiempos corren tantas bolas.

— ¡Ah! Entonces, — se aventuró á decir Briquet con su mirada interrogadora y su sonrisa picarilla, — ¿cree usted que Salcedo no es partidario del señor duque de Guisa?

— No sólo lo creo, sino que estoy seguro de ello, — respondió el de á caballo. — Luego, como viese que Roberto Briquet, acercándose á él, hacía un movimiento que quería decir: « ¡Ah, bah! ¿y en qué funda usted esa certidumbre? » continuó:

— Si Salcedo perteneciese al bando del *duque*, el duque no le hubiera dejado prender, ó cuando menos no hubiera dejado que le llevasen así de Bruselas á Paris amarrado de pies y manos, sin hacer en su favor una tentativa de rapto.

— Muy arriesgada era una tentativa de rapto, — replicó Briquet; — porque al fin, saliese bien ó mal, en el mero hecho de venir esa tentativa de parte del señor de Guisa, confesaba éste que había conspirado contra el duque de Anjou.

— Estoy seguro de que el señor de Guisa, — respondió con sequedad el caballero, —

hubiera arredrado por esa consideración; y cuando no ha reclamado ni defendido á Salcedo, prueba es que Salcedo no es de los suyos.

— Sin embargo, perdone usted si insisto, — continuó Briquet, — pues no soy yo quien lo inventa; parece cierto que Salcedo ha hablado.

— ¿ En dónde ha hablado ?

— Ante los jueces.

— No ante los jueces, amigo, en el tormento.

— ¿ Pues no es lo mismo ? — preguntó Briquet con un aire que trataba inútilmente de hacer sencillo.

— Sin duda que no es lo mismo; muy lejos de eso. Además, se pretende que ha hablado, sea; pero no se repite lo que él ha dicho.

— Vuelvo á pedir á usted perdón, caballero, — repuso Roberto Briquet; — lo repiten y muy largamente.

— ¿ Y qué ha dicho ? Veamos, — preguntó con impaciencia el caballero; — hable usted, puesto que tan instruido está.

— Yo no hago alarde de estar muy instruido, caballero, puesto que trato de que usted me instruya, — respondió Briquet.

— Vamos, entendámonos, — dijo el caballero con impaciencia; — usted ha pretendido que repetían las palabras de Salcedo; ¿ cuáles son esas palabras ? diga usted.

— Yo no puedo responder de que sean las mismas palabras, — dijo Roberto Briquet que parecía complacerse en mortificar al caballero.

— Pero en fin, ¿ qué palabras le atribuyen ?

— Pretenden que ha confesado que conspiraba en favor del señor de Guisa.

— Contra el rey de Francia, sin duda. ¿ Siempre la misma canción !

— No contra S. M. el rey de Francia, sino contra S. A. el duque de Anjou.

— Si él ha confesado eso...

— Si lo ha confesado, ¿ qué ? — preguntó Roberto Briquet.

— Es un miserable, — dijo el caballero frunciendo el entrecejo.

— Sí, — dijo en voz baja Roberto Briquet; — pero si ha hecho lo que ha confesado, es un valiente. ¡ Ah, señor ! los borceguíes, la cuerda y el escalfador hacen á los hombres honrados decir muchas cosas !

— ¡Ay, qué verdad dice usted, amigo! — dijo el caballero con voz más suave y lanzando un suspiro.

— ¡Bah! interrumpió el gascón que, alargando el cuello en la dirección de cada interlocutor, lo había oído todo.

— ¡Bah! — borceguíes, cuerdas, escalfador... ¡valiente cosa es todo eso! Si Salcedo ha hablado, es un tunante, y su patrón otro.

— ¡Oh! ¡oh! — exclamó el caballero no pudiendo reprimir un movimiento de impaciencia. — Usted canta muy alto, señor gascón.

— ¿Yo?

— Sí, usted.

— Yo canto en el tono que se me antoja, ¡cuerpo de Crispo! y tanto peor para aquellos á quienes no agrada mi canto.

El caballero hizo un movimiento de cólera.

— ¡Calma! — dijo una voz dulce y al mismo tiempo imperativa, cuyo propietario en vano trató Roberto Briquet de reconocer.

El jinete pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo; pero no pudo contenerse enteramente.

— ¿Y conoce usted bien á las personas de quienes usted habla? — preguntó al gascón.

— ¿Si conozco á Salcedo?

— Sí.

— Ni poco ni mucho.

— ¿Y al duque de Guisa?

— Tampoco.

— ¿Y al duque de Alenzón?

— Menos aún.

— ¿Sabe usted que el señor de Salcedo es un valiente?

— Tanto mejor; así morirá con valor.

— ¿Y que el señor de Guisa, cuando quiere conspirar, cónspira él mismo?

— ¡Cuerpo de Crispo! ¿y qué me importa á mí todo eso?

— ¿Y que el señor duque de Anjou, en otro tiempo duque de Alenzón, ha hecho matar ó dejado que matasen á cuantos se han interesado por él, Lamole, Coconas, Bussy y los demás?

— Yo me río de todo eso.

— ¡Cómo! ¿usted se ríe de eso?

— ¡Mayneville! ¡Mayneville! — murmuró la misma voz.

— Sin duda que me río de eso. Yo solo sé una cosa, ¡ por vida de Bríos ! y es que tengo que hacer en París hoy mismo, esta mañana, y que por causa de ese rabioso de Salcedo me dan con la puerta en las narices. ¡ Cuerpo de Crispo ! Ese Salcedo es un pícaro, y lo son también todos los que, con él, son causa de que estén cerradas las puertas en lugar de estar abiertas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! Hé aquí un rudo gascón, — murmuró Roberto Briquet, — y sin duda vamos á ver alguna cosa curiosa.

Pero esa cosa curiosa que esperaba ver, no llegaba de ningún modo. El caballero, á quien el último apóstrofe había hecho subir la sangre á la cabeza, bajó las narices, calló y devoró su cólera.

— En realidad, usted tiene razón, — dijo : — ¡ mal hayan los que nos impiden entrar en París !

— ¡ Oh ! ¡ oh ! le dijo Roberto Briquet, que no había perdido ni los matices de la cara del caballero, ni las dos invitaciones hechas á su paciencia : — ¡ Ah, ah ! Me parece que voy á ver una cosa más curiosa aún que la que me prometía.

Al hacer esta reflexión, resonó una trompeta, y casi al punto los Suizos, hendiendo todo aquel

gentío con sus alabardas cual si trinchasen un gigantesco pastel de cogujadas, separaron los grupos en dos porciones compactas, que fueron á colocarse á cada lado del camino, dejando el centro vacío.

En aquel centro, el oficial de quien hemos hablado, y á cuya guardia parecía confiada la puerta, pasó con su caballo arriba y abajo; luego, después de un momento de examen parecido á un desafío, ordenó á los trompetas que tocasen.

Lo cual fué ejecutado en el mismo instante, é hizo reinar en todas las masas un silencio que parecía increíble después de tanta agitación y gritería.

Entonces el pregonero, con su túnica flordelizada, y con un escudo de armas de la ciudad de París, se adelantó con un papel en la mano, y leyó con esa voz gangosa que es peculiar á los de su oficio :

« Hacemos saber á nuestro buen pueblo de París » y sus alrededores, que las puertas estarán cerradas de aquí á la una de la tarde, y que ninguno » penetrará en la ciudad antes de esa hora, por ser » así la voluntad del rey, y por la vigilancia del » señor preboste de París. »

El pregonero se detuvo para tomar aliento, y los circunstantes se aprovecharon de aquella pausa

para manifestar su asombro y su desagrado con una prolongada silba, que el pregonero, preciso es hacerle esa justicia, arrostró sin pestañear.

El oficial hizo un ademán imperativo, y al punto se restableció el silencio.

El pregonero continuó sin turbación ni perplejidad, como si la costumbre le hubiese acerado contra esas manifestaciones de que acababa de ser blanco:

« Se exceptuarán de esta medida aquellos que
» sean portadores de un pase, ó que fueren llama-
» mados bien y en debida forma por cartas y
» mandatos.

» Dado en el palacio del prebostazgo de París,
» por orden expresa de S. M., á 26 de Octubre del
» año de gracia de 1585.

» Suenen los clarines. »

Al momento resonaron roncamente las trompetas.

Apenas cesó de gritar el pregonero, cuando detrás de las filas de los Suizos y los soldados, se puso el gentío á ondular como una serpiente cuyos anillos se hinchan y se retuercen.

— ¿Qué significa esto? — se preguntaban los más pacíficos. — ¿Sin duda algun complot aún!

— ¡Oh! ¡oh! Es para que no entremos en París, sin duda que la cosa se ha combinado así, — dijo en voz baja á sus camaradas el jinete que con tanta paciencia había sufrido los sofiones del gascón. — Estos Suizos, ese pregonero, esos cerrojos, esas trompetas, es por nosotros; por mi alma, que me causa orgullo.

— ¡Calle! ¡calle! gritó el que mandaba el destacamento.

— ¿No veis, con mil diablos, que estáis impidiendo el paso á los que tienen el derecho de que se les abran las puertas?

— ¡Cuerpo de Crispo! Yo sé de uno que pasará, aunque todos los ciudadanos del mundo se interpongan entre él y la barrera, — dijo codeando á derecha é izquierda aquel gascón que con sus ruedas réplicas había llamado la atención de Boberto Briquet.

Y, en efecto, en un instante se halló en el espacio vasto que, gracias á los Suizos, se había formado entre las dos columnas de espectadores.

Júzguese si las miradas se fijarian con prontitud y curiosidad sobre un hombre favorecido hasta el

punto de entrar, cuando á los demás se había intimado el que quedasen afuera.

Pero el gascón se cuidó poco de aquellas miradas de envidia; se plantó engreído, haciendo resaltar á través de su raída ropilla verde todos los músculos de su cuerpo, que parecían otras tantas cuerdas tendidas por un manubrio interior. Sus muñecas, secas y huesosas, sobresalían tres grandes pulgadas de las raídas mangas; tenía la mirada despejada, los cabellos rojos y crespos, fuese por naturaleza, ó ya por casualidad, porque el polvo entraba por más de una décima parte en su color. Sus pies, grandes y flexibles, se destacaban de unas canillas nerviosas y secas como las de un gamo. En una de sus manos llevaba puesto un guante de piel bordada, muy sorprendido de verse destinado á proteger aquella otra piel más dura que la suya; en la otra mano agitaba una vara de avellano.

Miró un instante en torno suyo; luego, creyendo que el oficial de quien hemos hablado era la persona más considerable de aquella tropa, marchó en derechura á él.

El oficial le contempló algún tiempo antes de hablarle.

El gascón, sin desconcertarse en lo más mínimo, hizo lo mismo.

— ¿Usted ha perdido su sombrero, á lo que parece? — le dijo.

— Sí, señor.

— ¿Y lo ha perdido usted entre el gentío?

— No; acababa de recibir una carta de mi querida, y la estaba leyendo, ¡cuerpo de Crispo! á un cuarto de legua de aquí, al lado del río, cuando de repente una ráfaga de viento me llevó carta y sombrero. Corrí tras de la carta, aunque la presilla de mi sombrero era un solo diamante, y atrapé mi carta; pero cuando volví en busca del sombrero, se lo había llevado el viento al río, ¡y al río de París!... Hará la fortuna de algún pobre diablo. ¡Tanto mejor!

— ¿De suerte que está usted con la cabeza al aire?

— ¿No se hallan sombreros en París? ¡cuerpo de Crispo! Yo comparé uno más magnífico, y he de ponerle un diamante dos veces mayor que el primero.

El oficial se encogió de hombros ligeramente; pero por imperceptible que fué aquel movimiento, no se le escapó al gascón.

— ¿Qué quiere decir usted? — preguntó.

— ¿Tiene usted un pase? — replicó el oficial.

— Ciertamente que tengo uno, ó más bien dos.

— Bastará un solo, si está en regla.

— Pero si no me engaño, — continuó el gascón abriendo unos ojos enormes, — y no, ¡cuerpo de Crispo! no me engaño; ¿tengo el placer de estar hablando al señor de Loignac?

— Es posible, — respondió con sequedad el oficial, muy poco encantado de aquel reconocimiento.

— ¿Al señor de Loignac, mi compatriota?

— No digo que no.

— ¿Mi primo?

— Está bien; ¿el pase de usted?

— Aquí está.

El gascón sacó de su guante la mitad de una tarjeta recortada con arte.

— Sígame usted, — dijo Loignac sin mirar el pase, — y sus compañeros, si los tiene; vamos á confrontar los salvos-conductos.

Y fué á colocarse cerca de la puerta.

El gascón le siguió.

Otros cinco individuos siguieron al gascón.

El primero estaba cubierto de una magnífica coraza tan primorosamente trabajada, que se hubiera creído salía de las manos de Benvenuto Cellini. Sin embargo, como el patrón sobre que se había hecho aquella coraza había pasado algo de moda, su magnificencia más bien excitó la risa que la admiración.

Verdad es que ninguna otra parte del traje del individuo portador de la coraza correspondía al esplendor casi regio del prospecto. El segundo que siguió sus huellas iba seguido por un laeayo grueso y canoso, y, como el amo era flaco y atezado, parecía el precursor de don Quijote, así como su criado podía pasar por el precursor de Sancho Panza.

Presentóse el tercero llevando en los brazos á un niño de diez meses, seguido de una mujer que se agarraba á su cinturón de cuero, mientras que otros dos niños, el uno de cuatro años y el otro de cinco, se agarraban á la falda del vestido de la mujer.

Presentóse el cuarto cojeando y pegado á una larga espada.

En fin, para cerrar la marcha, un joven de hermosa apariencia se adelantó sobre un caballo negro, empolvado, pero de una bella raza.

Aquel joven, al lado de los otros, tenía el aire de un rey.

Forzado á marchar bastante despacio para no rebasar á sus colegas, ó quizá satisfecho interiormente de no ir demasiado cerca de ellos, aquel joven permaneció un momento en los límites de la columna formada por el pueblo.

En aquel momento sintió que le tiraban de la vaina de la espada, y se inclinó hacia atrás.

El que llamaba su atención de aquel modo, era un joven de cabello negro, ojos centellantes, pequeño, delicado, gracioso y con guantes en las manos.

— ¿En qué puedo servirlos, caballero? — preguntó el jinete.

— Caballero, una gracia.

— Hablad, pero os suplico que sea pronto, pues ya veis que me están aguardando.

— Tengo necesidad de entrar en la ciudad, caballero; una necesidad imperiosa, ¿comprendéis? Estáis solo, y tenéis necesidad de un paje que haga honor á vuestro buen continente.

— ¡Y bien!

— Sed generoso, hacedme entrar; yo seré vuestro paje.

— Gracias, — dijo el jinete; — yo no quiero ser servido por nadie.

— ¿Ni tampoco por mí? — preguntó el joven con una sonrisa tan extraña que el jinete sintió derretirse la capa de hielo con que había intentado cubrir su corazón.

— Quiero decir que no soy rico.

— Sí, sé que no sois rico, señor Ernauton de Carmainges, — dijo el joven paje.

— El jinete se estremeció, pero sin fijar la atención en aquel movimiento, el joven continuó:

— Así, no hablaremos de gajes; al contrario, si me dispensáis lo que os pido, seréis vos el pagado, y eso con el céntuplo de los servicios que me hayáis hecho; os suplico, pues, que me dejéis servirlos, pensando que el que os lo suplica, ha mandado alguna vez.

— Venid, pues, dijo el jinete subyugado por aquel tono de persuasión y autoridad á la vez.

El joven le estrechó la mano, cosa muy familiar en un paje; luego, volviéndose hacia el grupo de los otros jinetes que ya conocemos:

— Yo paso, — dijo, — que es lo más importante; — vos, Mayneville, tratad de hacer lo mismo por cualquier medio.

— No está todo en que vos paséis, respondió el caballero; es preciso que él os vea.

— ¡ Oh ! tranquilizaos; en el momento en que haya pasado esta puerta me verá.

— No olvidéis la seña convenida.

— Dos dedos sobre la boca, ¿ no es verdad ?

— Sí, ahora ¡ que Dios os proteja !

— Y bien, — dijo el que montaba el caballo negro, — señor paje, ¿ nos decidimos ?

— Aquí estoy, señor, — respondió el joven, y saltó ligeramente á la grupa detrás de su compañero, quien fué á incorporarse á los otros cinco privilegiados, que se hallaban ocupados en exhibir sus pases y justificar sus derechos.

— ¡ Cuerpo de Crispo ! — exclamó Roberto Briquet, que los había seguido con la vista, — ¡ el diablo me lleve si no es un convoy de gascones !

III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La revista.

El examen que debían sufrir los seis privilegiados que hemos visto salir de entre las filas del pueblo, para acercarse á la puerta, no era muy largo, ni muy complicado.

Reduciase á sacar una mitad de tarjeta de su bolsillo y presentarla al oficial, el cual la comparaba con otra mitad, y si uniendo las dos mitades se encajonaban y formaban un todo, quedaban establecidos los derechos del portador del pase.

29993